

Thomas Robert Malthus

# Primer ensayo sobre la población

Prólogo «Robert Malthus (1766-1834):  
El primer economista de Cambridge»,  
de John Maynard Keynes



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *An Essay on the Principle of Population, as it Affects the Future Improvement of Society with Remarks on the Speculations of Mr. Godwin, Mr. Condorcet, and Other Writers*, 1973.

Traducción: Patricio de Azcárate Diz

El prólogo de esta edición es el ensayo de Lord Keynes «Robert Malthus: The First of the Cambridge Economists», que forma parte del volumen *Essays in Biography*, y ha sido traducido por José Vergara

Primera edición: 1966

Tercera edición: 2016

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Multitud atenta al marcador durante el último partido de la World Series de béisbol, Filadelfia, 1911

© ACI/Bridgeman

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1966, 2016

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9104-545-8

Depósito legal: M. 28.526-2016

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

9	J. M. Keynes: «Robert Malthus (1766-1834): El primer economista de Cambridge»
51	Notas
	Primer ensayo sobre la población
63	Prefacio
67	Capítulo 1
76	Capítulo 2
87	Capítulo 3
95	Capítulo 4
105	Capítulo 5
121	Capítulo 6
128	Capítulo 7
144	Capítulo 8
151	Capítulo 9
161	Capítulo 10
181	Capítulo 11
186	Capítulo 12
203	Capítulo 13
211	Capítulo 14
219	Capítulo 15
232	Capítulo 16
245	Capítulo 17
257	Capítulo 18
270	Capítulo 19
283	Cuadro cronológico



Prólogo:

«Robert Malthus (1766-1834):  
El primer economista  
de Cambridge»\*

Bacchus –cuando un inglés se apellida Bacchus– viene de Bakehouse. Análogamente, la forma original del raro y curioso apellido Malthus era Malthouse. La pronunciación de los nombres propios ingleses ha mostrado a lo largo de los siglos más constancia que su ortografía, que fluctúa entre influencias fonéticas y etimológicas, y puede generalmente inferirse con alguna confianza del examen de las variantes escritas. Con arreglo a esta prueba (Malthus, Mawtus, Malthous, Malthouse, Mauthus, Maltus, Maultous) apenas cabe duda que *Maultus*, con la primera vocal como en la «malt» de los cerveceros y la *h* prácticamente muda, es como debemos pronunciarlo\*\*.

\* Este ensayo de Lord Keynes se publicó por primera vez formando parte del volumen *Essays in Biography*, en 1933.

\*\* En consecuencia, la pronunciación española del apellido Malthus menos alejada de la propia inglesa será *Maltus*. (N. del T.)

No nos hace falta llegar, en los antepasados de Robert Malthus<sup>2</sup>, más atrás del reverendo Robert Malthus, que fue hecho vicario de Northolt bajo Cromwell y depuesto con la Restauración. Callamy le llama un «teólogo historiador, de poderosa inteligencia y fuerte en las Escrituras, de gran elocuencia y fervor, aunque de elocución defectuosa». Pero sus feligreses le juzgaban «un ministro muy inútil y de ningún provecho», quizá porque era muy estricto en la exacción de diezmos, y al demandar su traslado alegaban en queja que había «proferido expresiones invectivas contra nuestro ejército cuando éste estuvo estacionado en Escocia» y, también, que «Mr. Malthus es persona no sólo escasa de voz, sino, además, con un muy gran impedimento para pronunciar»; por lo que parece probable que compartió con su tataranieto no sólo el nombre y tratamiento de reverendo Robert Malthus, sino también el defecto de un paladar deforme. Su hijo Daniel fue nombrado, por influencia del célebre doctor Sydenham, boticario del rey Guillermo, y después de la reina Ana<sup>3</sup>, y llegó a ser hombre de suficientes recursos para permitir a su viuda la propiedad de carruaje y caballos. Sydenham, el hijo de Daniel, funcionario de la Cancillería y director de la South Sea Company, amplió el patrimonio familiar y fue lo bastante rico para dotar a su hija con 5.000 libras y poseer varias fincas rústicas en los condados vecinos a Londres y en Cambridgeshire<sup>4</sup>.

Alcanzada ya la dorada mediocridad de una próspera familia inglesa de la clase media, Daniel, hijo de Sydenham y padre de nuestro héroe, se encontró en la posición que en Inglaterra se llama de «independencia» y decidió aprovecharse de ella. Educado en el Queen's College, de

Oxford, pero sin llegar a alcanzar ningún grado, «viajó mucho por Europa y por todos los lugares de esta isla», se estableció en una agradable vecindad, llevó la vida de un modesto *country gentleman* inglés, cultivó aficiones intelectuales y amistades, escribió unas cuantas piezas anónimas<sup>5</sup> y consintió que la timidez dominase a la ambición. Ha quedado escrito que «poseía los más agradables modales y el corazón más bondadoso, como lo han experimentado todos los pobres allí donde vivió»<sup>6</sup>. A su muerte, el *Gentleman's Magazine* (febrero de 1800, p. 177) pudo escribir que era «una personalidad excéntrica en el más estricto sentido del término».

En 1759 Daniel Malthus había adquirido una «pequeña y elegante residencia», cerca de Dorking, «conocida por el nombre de Chert-gate Farm, y aprovechando sus bellezas naturales, accidentes, corrientes de agua y arbolado para mostrarlos en su desnuda sencillez, la convirtió en mansión de un *gentleman*, dándole el nombre de The Rookery»<sup>7</sup>. Allí, el 13<sup>8</sup> de febrero de 1766, nació Thomas Robert Malthus, su segundo hijo, el autor del *Essay on the Principle of Population*. Cuando el niño tenía tres semanas, el 9 de marzo de 1766, dos hadas madrinas, Jean-Jacques Rousseau y David Hume acudieron juntos a la Rookery<sup>9</sup>, y puede suponerse que concedieron al pequeño, con un beso, diversos dones intelectuales.

Porque Daniel Malthus no sólo era amigo de Hume<sup>10</sup>, sino un devoto, por no decir apasionado, admirador de Rousseau. Cuando Rousseau fue por primera vez a Inglaterra, Hume se preocupó de instalarle en Surrey, en la inmediata vecindad de Daniel Malthus, quien, «deseoso de prestarle toda clase de servicios», le hubiera propor-

cionado grata compañía y mantenido bajo su mirada protectora<sup>11</sup>. Como casi todos los buenos propósitos de Hume hacia su difícil visitante, el proyecto se malogró. El *cottage*, al pie de Leith Hill, señalado años después a Fanny Burney como *l'asile de Jean-Jacques*<sup>12</sup>, nunca fue ocupado por él, pero era, sin duda, el retiro que Daniel Malthus había elegido como más adecuado y Jean-Jacques visitó<sup>13</sup> el 8 de marzo de 1766 y rechazó después. Quince días más tarde Rousseau comenzaba su desastrosa estancia en Wootton<sup>14</sup>, en el Peak de Derbyshire, donde aterido, cansado y solitario fraguó en breves semanas su extraordinario altercado con Hume<sup>15</sup>.

Esta tan famosa *cause* literaria quizá nunca hubiera ocurrido, creo yo, si Jean-Jacques hubiese aceptado la tan insistente invitación de Daniel Malthus. Pues se habría visto envuelto en afecto, entretenido y acompañado. Sus apasionadas declaraciones de devoción hacia Jean-Jacques son, probablemente, la única ocasión de su vida en que Daniel Malthus abandona por entero su reserva<sup>16</sup>. Creo que sólo tres veces se vieron: cuando Malthus visitó Môtiers como turista en la primavera de 1764, cuando Hume llevó a Rousseau a la Rookery, en marzo de 1766, y cuando Malthus fue a verle a Wootton, en junio del mismo año. Pero a juzgar por las trece cartas de Malthus a Rousseau que se han conservado y una de Rousseau a Malthus<sup>17</sup>, estas visitas tuvieron gran fortuna. Malthus adoró a Jean-Jacques y Jean-Jacques le correspondió con cordialidad y afecto, hablando de «les sentiments d'estime et d'attachement que vous m'avez inspirés» y de la «hospitalité si douce» de Malthus, quien llegó incluso a defender el carácter de Hume sin verse



envuelto por ello en el altercado. Hay muchas referencias a sus excursiones en común para herborizar y Rousseau se lamenta de su incapacidad para identificar las plantas que ve en sus paseos por el Derby-shire; porque necesita, afirma él, «un quehacer que requiera ejercicio, pues nada me hace tanto daño como estar sentado, o escribir o leer». Más tarde (en 1768), encontramos a Daniel Malthus tomándose grandes trabajos para completar la biblioteca botánica de Rousseau en una época en que éste, probablemente, estaba preparando sus *Cartas a una dama sobre los elementos de la Botánica*, datadas en 1771; y dos años después, Rousseau, que tenía la manía de deshacerse de sus libros de tanto en tanto, revendía la biblioteca entera a Malthus, aportando como regalo una parte de su herbario<sup>18</sup>. Estos libros reaparecen en el testamento de Daniel Malthus, en el que encontramos la siguiente disposición: «A Mrs. Jane Dalton<sup>19</sup> dejo todos mis libros de Botánica en los que está escrito el nombre de Rousseau y una caja de plantas que me dio Mons. Rousseau». Dos de estos libros pueden verse todavía en la biblioteca de Dalton Hill, Albury, hoy propiedad de Mr. Robert Malthus<sup>20</sup>, a saber: la *Synopsis Methodica Stirpium Britannicarum*, de Ray, y el *Méthode pour connaître les plantes par les feuilles*, de Sauvage, ambos con el nombre de Rousseau y muy subrayados<sup>21</sup>.

Otter afirma que Daniel Malthus fue albacea literario de Rousseau. Parece improbable<sup>22</sup>. Pero la lealtad de Daniel Malthus perduró hasta el final, y suscribió seis ejemplares, al coste de treinta guineas, de la obra póstuma de Rousseau *Consolations des misères de ma vie*. Y ahora, en estas breves páginas, doy piadoso cumplimen-

to a su deseo: «Si alguna vez se me conoce, será por el título de amigo de Rousseau».

Hay una encantadora referencia a los hábitos de Daniel en su carta a Rousseau del 24 de enero de 1768<sup>23</sup>. En los paseos para herborizar en el verano,

participaban mi querida Henriette y sus hijos, y a veces éramos una familia herborizante, tumbados sobre la cuesta de aquella colina, que quizá usted recuerde... Durante el invierno, alguna lectura (siento ya el efecto de su carta, porque he dominado el *Émile*). Doy grandes paseos con mis hijos. Paso más tiempo en las cabañas que en los castillos de la vecindad. Siempre hay algo en qué ocuparse en una granja y ocasiones de pequeñas experiencias. Cazo el zorro, lo que hago en parte por hábito y en parte porque alimento en cierto modo mi imaginación en la visión de la vida salvaje.

Con este deleitable pensamiento, nuestro apacible hacendado podía imaginarse a sí mismo, cuando cazaba zorros, como el Noble Salvaje de Rousseau.

Como amigo del autor del *Émile*, Daniel Malthus estaba dispuesto a experimentar en pedagogía, y Robert, cuyas prometedoras dotes despertaron el amor y ambición de su padre, recibió una educación privada, en parte por el propio Daniel y en parte con profesores. El primero de éstos fue Richard Graves, «un caballero de considerable saber y humor», amigo de Shenstone y autor de *The Spiritual Quixote*, sátira de los metodistas. A los dieciséis años se le pasó a Gilbert Wakefield, un clérigo herético, «violento, rebelde y paradójico en muchas de sus opiniones, polemista rápido y tenaz», que mantenía correspon-

dencia con Charles Fox. Discípulo de Rousseau, expresó sus principios sobre educación así:

La mayor utilidad de la tutela en el estudio, para cualquier joven, consiste en mostrarle sus propias fuerzas, en llevarle hasta las fronteras del conocimiento mediante ese proceso gradual que le descubre y fija su propio camino y le permite gozar de la consciencia de sus propias facultades y su propia capacidad<sup>24</sup>.

En 1799 Wakefield fue encarcelado en Dorchester por manifestar su deseo de que los revolucionarios franceses invadieran y conquistaran Inglaterra.

Algunas cartas de Robert Malthus, aún muchacho, que se han conservado<sup>25</sup> muestran que se sentía muy apegado a Wakefield. Éste había sido *Fellow* del Jesus College, en Cambridge, y como consecuencia de tal relación Robert Malthus, el primer economista de Cambridge, entró como alumno interno en el Jesus en el curso de invierno de 1784, a la edad de dieciocho años. El 14 de noviembre de 1784 escribe a su familia:

Estoy bien acomodado ya en mis habitaciones. Las clases comienzan mañana; y como la semana anterior tuve tiempo de repasar un poco mis matemáticas, me han pasado por el examen de ayer al curso siguiente al mío. Empezaremos con la Mecánica y Maclaurin, Newton y la *Física* de Keill. Tendremos también clases, lunes y viernes, sobre la *Lógica* de Duncan, y miércoles y sábados sobre la *Vida de Agrícola* de Tácito. He abierto una cuenta con un librero, que me proporcionará todos los libros necesarios. Tenemos gente inteligente en el *College*, y parece que se estudia bastante. La materia más impor-

tante es la matemática, porque de esta ciencia dependen las buenas notas, y la gran aspiración de estos hombres es conseguir una calificación sobresaliente. Creo que también tenemos algunos buenos humanistas. He conocido a dos, uno de ellos está en este curso; es, sin duda, extraordinariamente inteligente y tendrá muchas probabilidades de llevarse el premio en Clásicas, si no se abandona. He leído dos veces en la capilla.

Sus gastos ascendían a cien libras anuales. Si pasaran de esto –escribía Daniel Malthus– el clero no podría seguir enviando sus hijos a la Universidad; en el extranjero, en Leipzig, podría hacerse por veinticinco libras<sup>26</sup>.

Por aquel tiempo la Universidad estaba despertando de un largo sueño, y el Jesús, que había sido uno de los más aletargados, se estaba convirtiendo en centro de fermento intelectual. Malthus debe probablemente tanto al ambiente intelectual en que vivió durante sus años en Jesús como a la influencia y afecto de su padre. Su *tutor*, William Frend, que había sido discípulo de Paley y era íntimo de Priestley, fue, en el tercer año (1787) de Malthus, el centro de una de las más famosas controversias de la Universidad, por su secesión de la Iglesia de Inglaterra y su defensa del Unitarismo, la libertad de pensamiento y el pacifismo. Paley<sup>27</sup> había dejado Cambridge en 1775, pero sus *Principles of Moral and Political Philosophy*, o, como se llamaron originariamente, *Principles of Morality and Politics*, se publicaron durante el primer año (1785) de Malthus en Cambridge y tienen que colocarse muy alto<sup>28</sup>, creo yo, entre las influencias intelectuales que recibió el autor del *Ensayo sobre la población*<sup>29</sup>. Además, cayó en un pequeño grupo de brillantes alumnos, entre los cuales

pueden destacarse principalmente el obispo Otter, su biógrafo, y E. D. Clarke, viajero, excéntrico y profesor. Había ya obtenido Malthus su B. A. cuando Coleridge entró en la Universidad (1791). Mientras el joven Coleridge ocupó la habitación del piso bajo, a la derecha de la escalera frente a la puerta principal, Jesús no pudo ser un lugar aburrido. Conversaciones incesantes llenaban el patio:

Como antaño, cuando del calmo dominio de las Musas  
llegué, con el galardón de la Sabiduría ya ganado;  
cuando Ella depositó un laurel sobre mis sienes,  
y encontróse con mi beso y casi correspondió a mis promesas<sup>30</sup>.

«¡Qué tardes he pasado en aquellas habitaciones»!, escribió un contemporáneo<sup>31</sup>. «¡Qué cenas, o porciones, como se les llamaba, he disfrutado, cuando se dejaban a un lado Esquilo, Platón y Tucídides, junto a un montón de diccionarios, para discutir los libelos del día. De vez en cuando salía uno de la pluma de Burke. No hacía falta tenerlo delante. Coleridge lo había leído en la mañana, y a la noche era capaz de repetir páginas enteras de memoria. Se veía por entonces el proceso contra Frenn. Las prensas hervían de folletos. Coleridge los había leído todos; y a la noche, con nuestro *negus*\*, los recibíamos de viva voz exaltadamente!»

Como Malthus había logrado una beca en junio de 1793, fue uno de los que aprobaron la siguiente decisión el 19 de diciembre de aquel año:

\* Bebida compuesta de vino (generalmente Oporto o Jerez), agua caliente y azúcar, y aromatizada con limón y especias. (Según el *Shorter Oxford English Dictionary*.) (N. del T.)

Aprobamos que si Coleridge, que ha abandonado sin permiso el *College*, no volviese en el plazo de un mes a partir de hoy, y pagase sus deudas a su *tutor*, o diese razonable garantía de que serán pagadas, se borre su nombre de las Listas.

Parece que Coleridge se había alistado en el regimiento número 15 de Dragones, bajo el falso nombre de Silas Tomkins Comberbach. No voy a extenderme más sobre la vida de Coleridge en el *Jesus*<sup>32</sup>, pero diré que a su vuelta, tras la huida, fue sentenciado a un mes de confinamiento en el recinto del *College* y a traducir al inglés las obras de Demetrio Phalereo. El violento ataque posterior de Coleridge contra el *Ensayo sobre la población* es muy conocido.

¡Por último, atención esta Nación poderosa, oigan sus gobernantes y sus sabios –a Paley y– a Malthus! Triste es, triste (*Literary Remains of Samuel Taylor Coleridge*, p. 328).

Declaro solemnemente que no creo que todas las herejías y sectas y facciones que pueda haber engendrado la ignorancia, debilidad y maldad humanas fueran, todas reunidas, tan ignominiosas para el hombre en cuanto cristiano, filósofo, gobernante o ciudadano, como esta abominable doctrina (*Table Talk*, p. 88)<sup>33</sup>.

Se cuenta que en el *College* Robert Malthus fue aficionado al cricket y a patinar, obtuvo premios en Declamación latina y Declamación inglesa, logró la beca Brunsell en 1786 y se graduó con brillante calificación en Matemáticas en 1788. En una carta a su familia, muy poco antes de alcanzar su graduación, cuenta que está leyendo a

Gibbon y en espera de los tres últimos volúmenes, que saldrían a la luz unos meses después:

He estado últimamente leyendo la *Decadencia del Imperio Romano*, de Gibbon. Proporciona útil información sobre el origen y progreso de aquellas naciones de bárbaros que hoy constituyen los cultos Estados europeos y arroja alguna luz sobre el comienzo de aquel oscuro período que abrumó por tanto tiempo al mundo y que no puede, creo yo, dejar de excitar nuestra curiosidad. Es, a mi juicio, un escritor muy ameno; su estilo es a veces verdaderamente sublime, siempre interesante y grato, aunque, en general, quizá pueda calificarse de excesivamente florido para la Historia. Me agrada mucho ver sus próximos volúmenes (17 de abril de 1788)<sup>34</sup>.

Más adelante, a lo largo de su vida, la urbanidad y sosiego de Malthus pueden haber sido excesivos<sup>35</sup>, pero en Cambridge era un compañero alegre. Su ánimo festivo, dice Otter,

prevalció en toda su juventud y aun pervivió durante una parte de su madurez; y sobre todo en Cambridge, cuando estaba en vena, comenzando con una expresión sumamente cárnica de sus rasgos y una peculiarísima entonación de voz, era a menudo, fuente de infinita diversión y delicia para sus compañeros.

Pero incluso en los años de *College* se distinguía especialmente, según Otter, por

un grado de moderación y prudencia muy raro en aquel tiempo, que llevaba hasta sus deberes de estudiante. En és-

tos siempre se distinguía más por la firmeza que por el ardor de su esfuerzo, prefiriendo ejercitar a la vez su mente en los diversos departamentos de literatura que entonces se cultivaban en el *College*, mejor que entregarse exclusivamente a uno cualquiera.

El 10 de junio de 1793, cuando el movimiento para expulsar a Frensd<sup>36</sup> del *College* estaba en su apogeo, le fue concedida una beca, y allí mantuvo irregularmente su residencia hasta que renunció a ella por su matrimonio, en 1804. Había tomado las órdenes religiosas hacia 1788<sup>37</sup> y, a partir de 1796, dividió su tiempo entre Cambridge y una vicaría en Albury, cerca de la casa de su padre. Fue elevado a la rectoría de Walesby, Lincs, el 21 de noviembre de 1803, por presentación de Henry Dalton, sin duda un pariente, y la conservó, como beneficiado no residente, por el resto de su vida, dejando la parroquia a cargo de una serie de vicarios<sup>38</sup>.

Unas cuantas cartas escritas por Daniel Malthus a su hijo cuando éste era estudiante en Jesus fueron impresas por Otter en su *Memoir*. Lo que sigue, parte de una carta escrita a Robert Malthus por su padre con ocasión de haber conseguido aquél una beca, merece citarse íntegramente por la luz que proyecta sobre las relaciones entre ambos:

Te felicito cordialmente por tu triunfo; me proporciona un cierto placer que proviene de mi mismo pesar. Te deseo aún con mayor motivo las cosas que no he podido lograr en mi vida.



Por desgracia, ya sé, mi querido Bob, que no tengo derecho a hablarte de ociosidad, pero cuando te escribí aquella carta que te ofendió me sentía muy profundamente afectado por mis propios propósitos fallidos y mis imperfectos empeños; creía adivinar en ti, por el recuerdo de mi propia juventud, la misma tendencia a perder los pasos ya ganados, con la misma disposición para el reproche a sí mismo, y deseaba que mi infortunada experiencia te fuese de alguna utilidad. Bastó, ciertamente, que apenas lo deseases para que me apresurase a ofrecértela, y te escribí con más cordialidad de lo que, en general, quiero mostrar, y me descubrí yo mismo hasta un punto que hizo más dura la decepción de tu respuesta, la cual me llevó a encerrarme de nuevo en mí mismo. Me dices que has borrado de tu ánimo aquella impresión, y tienes buena razón para haberlo hecho, porque he comprobado en ti el carácter más irreprochable, el trato más delicado, la conducta más juiciosa y afable, siempre incapaz de *tirar piedrecillas a mi jardín*, que, como sabes, no perdono fácilmente, y sin excepción agradando y encantando a todo el mundo. Nada hubiera echado de menos, aun si yo fuese el ser más impaciente y exigente, de lo que podría haber requerido en un compañero; y nada, tampoco, de lo que hubiera deseado para tu felicidad, salvo cuando mis deseos fueron caprichosos, desatinados o muy probablemente erróneos. A menudo he estado a punto de asir tu mano y romper en lágrimas cuando procuraba negarme a mostrarte mi afecto; mi aprobación, me he precipitado siempre a dártela.

Escríbeme, si puedo hacer algo por tu iglesia, y si quieres cualquier cosa para ti, pues soy, créeme, querido Bob, tu más afectuoso,

Daniel Malthus

El primer ensayo de Malthus como autor, *The Crisis, a View of the Recent Interesting State of Great Britain by a Friend to the Constitution*, escrito en 1796, a los treinta años, en crítica del gobierno de Pitt, no encontró editor. Párrafos citados por Otter y por Empson indican que ya entonces le interesaban los problemas sociales de la Economía Política e incluso la cuestión misma de la población:

Sobre el tema de la población –escribe– no puedo estar de acuerdo con el arcediano Paley, para quien el número de personas mide mejor que otra cosa alguna la cantidad de felicidad de cualquier país. Una población creciente es el signo más seguro posible de la prosperidad y felicidad de un Estado, pero la población actual puede no ser sino el signo de una felicidad que pasó.

En 1798, cuando Malthus tenía treinta y dos años, se publica anónimamente *An Essay on the Principle of Population, as it affects the future improvement of Society with remarks on the speculations of Mr. Godwin, M. Condorcet, and other writers*.

Fue en una conversación con Daniel Malthus cuando se le ocurrió a Robert la generalización que le ha hecho famoso. La conocida anécdota se basa en la autoridad del obispo Otter, quien la recibió del mismo Malthus. En 1793 había aparecido la *Political Justice* de Godwin. En frecuentes discusiones, el padre defendía y el hijo atacaba la doctrina de una edad futura de igualdad y felicidad perfectas.

Y después de ser muy a menudo esta cuestión objeto de animadas discusiones entre ellos, en las que el hijo basaba su

posición principalmente sobre los obstáculos que interpondría siempre en aquel camino la tendencia de la población a crecer más de prisa que los medios de subsistencia, pensó en poner por escrito, para una consideración más detenida, la esencia de su razonamiento, y el resultado fue el Ensayo sobre la Población. Si el padre fue o no convertido, no lo sabemos, pero sí es cierto que quedó muy impresionado por la importancia de la visión y la ingeniosidad de los argumentos contenidos en el MS. y recomendó a su hijo que sometiese al público su trabajo.

La primera edición, un volumen en octavo de unas 50.000 palabras, es un libro casi completamente distinto y, para la posteridad, superior a la segunda edición en cuarto, cinco años después. Al llegar a su quinta edición, el libro se había inflado a unas 250.000 palabras, en tres volúmenes. La primera edición, escrita, como Malthus explica en la segunda, «a impulso de la ocasión y a partir de los escasos materiales que tenía a mi alcance en un medio rural», es esencialmente una obra *a priori*, dedicada, de un lado, a la refutación de los perfectibilistas y, del otro, a la justificación de los métodos del Creador, a pesar de su apariencia contraria.

*El primer Ensayo* no es sólo apriorístico y filosófico en método, sino atrevido y retórico en estilo, con mucha *bravura* de lenguaje y sentimiento. En las ediciones posteriores, donde la filosofía política da paso a la economía política, los principios generales se recubren con las comprobaciones inductivas de un iniciador de la historia sociológica y desaparecen el brillo y entusiasmo del joven que escribía en los últimos años del Directorio. «Verbosi-

dad y repetición inútil», es el comentario marginal de Coleridge en su ejemplar de la segunda edición:

¿Es que se necesita un volumen en cuarto para enseñarnos que de la pobreza vienen grandes miserias y vicios y que la pobreza en su peor forma debe estar presente allá donde hay más bocas que panes y más cabezas que sesos?

A juzgar por la rareza del libro, la primera edición debió ser muy corta –Malthus afirmó en 1820 que no había sacado de todos sus escritos arriba de 1.000 libras en conjunto<sup>39</sup>–, y sabemos que se agotó casi inmediatamente, aunque hubieron de pasar cinco años antes de que apareciese una segunda. Pero atrajo atención inmediata y comenzó al instante la guerra de folletos (más de veinte, según el doctor Bonar, sólo en los cinco años anteriores a la segunda edición), que jamás ha cesado en ciento treinta y cinco años. La voz de la razón objetiva se había levantado contra un profundo instinto que la lucha evolutiva venía inculcando desde el comienzo de la vida; y la mente del hombre, en la persecución consciente de la felicidad, se atrevía a reclamar las riendas del gobierno y a cogerlas de las manos del inconsciente impulso a sobrevivir por el número.

Hasta Paley se convirtió<sup>40</sup>, quien había argüido una vez que «la decadencia de la población es el mayor mal que puede sufrir un Estado, y su mejora, el objetivo al que deben dirigirse todos los países con preferencia a otra finalidad política cualquiera». Incluso los políticos se interesaron, y Otter registra una reunión de Pitt y Malthus en diciembre de 1801.

Sucedió que Mr. Pitt realizaba por entonces una especie de visita electoral a la Universidad... En una cena en la residencia del Decano de Jesus, en compañía de algunos jóvenes simpatizantes, particularmente Mr. Malthus, etc., se vio llevado a entrar en una conversación muy abierta sobre Sir Sidney Smith, la matanza de Jaffa, el Pachá de Acre, Clarke, Carlisle, etc.

Un año antes, al retirar su nuevo proyecto de ley sobre Beneficencia, Pitt, que en 1796 pensaba que un hombre ha «enriquecido a su país» procreando hijos aunque toda la familia fuesen pordioseros<sup>41</sup>, había afirmado en los Comunes que lo hacía por deferencia a las objeciones de «aquellos cuyas opiniones se sentía obligado a respetar», aludiendo, se dijo, a Bentham y Malthus.

El *Ensayo* de Malthus es una obra de genio juvenil. El autor tenía plena conciencia del alcance de las ideas que exponía. Creía haber encontrado la clave de la miseria humana. La importancia del *Ensayo* consiste no en la novedad de los hechos, sino en el aplastante impulso comunicado a una simple generalización que surge de aquéllos. Ciertamente es que su idea motriz había sido ampliamente anticipada, en forma más oscura, por otros escritores del siglo XVIII, pero sin atraer la atención.

Este libro puede reclamar un lugar entre aquellos que han ejercido gran influencia en el progreso de las ideas. Está profundamente arraigado en la tradición inglesa de las ciencias humanas –en esa tradición del pensamiento inglés y escocés que ha mostrado, creo yo, una extraordinaria continuidad en su *sensibilidad*, si se puede decir así, desde el siglo XVIII hasta los tiempos presentes–, la